

La selva amazónica

Cada lunes iba a la obra, el proyecto de mi vida. Mi trabajo consistía en la transformación de la selva Amazónica en tierras para la explotación para mi empresa. Era conocida por cortar 200 árboles por hora desde hacía más de un año. Como solía decir a mis empleados “el tiempo es oro”.

Pero ese día era diferente a todos los otros. El cielo estaba gris y amenazaba tormenta. Además, cuando fui a la obra mi auto se averió y cuando finalmente llegué al trabajo, descubrí que muchas máquinas estaban también rotas. Pero nada de eso me impidió ir a examinar los árboles. Así, empecé a estudiar los diferentes árboles frente a mí y uno de ellos me llamó la atención. Era el más grande del bosque, más de 80 metros. En él habitaban muchos nidos de pájaros y sus raíces se desbordaban a su alrededor. Al acercarme, percibí ruidos que parecían incluso escapar de él y cuanto más me acercaba, más me llamaba. Terminé pegando la oreja en su inmenso tronco. De repente, el tronco se partió en dos y las raíces me apresaron. Dos segundos después empecé a sentirme encarcelado. Apenas tuve tiempo de darme cuenta de que me había convertido en el árbol, cuando una motosierra conducida por uno de mis mejores compañeros de trabajo ya estaba cortando mi tronco, porque claro, el tiempo es oro.